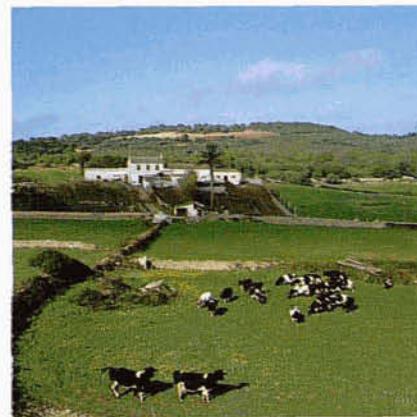


MENORCA



© TONI VIDAL



© TONI VIDAL

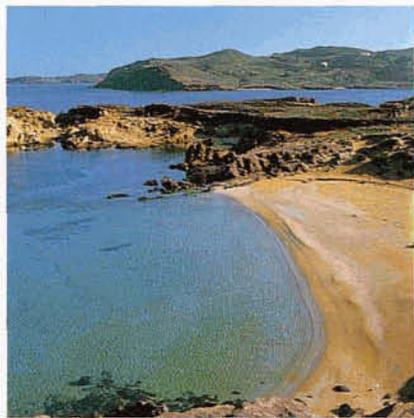
MENORCA ES LA MÁS ORIENTAL DE LAS ISLAS DEL ARCHIPIÉLAGO DE LAS BALEARES, EN EL MEDITERRÁNEO, AL SUR DEL GOLFO DE LEÓN Y CERCA DE LAS COSTAS CATALANAS Y DEL PAÍS VALENCIANO. ES LA MÁS ORIENTAL Y, SIN DUDA, LA MENOS CONOCIDA DEL ARCHIPIÉLAGO FUERA DE NUESTRAS FRONTERAS.

JAUME SUBIRANA ESCRITOR

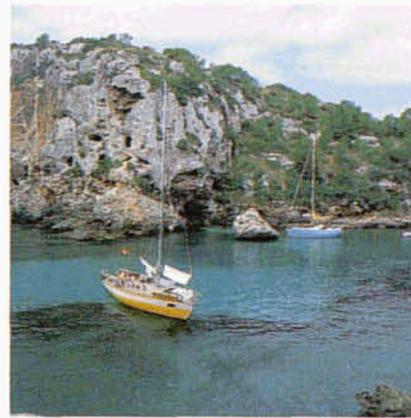
Si el viajero se aproxima a Menorca en avión, podrá intuir en seguida el atractivo fascinante de la tierra que le aguarda. Vista desde el aire, la isla —que tiene forma de habichuela, de riñón— surge bajo nuestros pies como la reproducción a escala de un mundo claro, luminoso, contrastado, mediterráneo, mesurado, como si se tratara de un gran país en miniatura puesto al alcance de nuestra mano. Menorca tiene, pero, poco más de 700 kilómetros cuadrados de extensión. Es pues algo mayor que Singapur, pero diez veces más pequeña que Córcega y diez mil veces menor que Australia.

Menorca es la más oriental de las islas del archipiélago de las Baleares, en el Mediterráneo, al sur del golfo de León y cerca de las costas catalanas y del País Valenciano. Es la más oriental y, sin duda, la menos conocida del archipiélago fuera de nuestras fronteras. Muy lejos de la explotación turística masiva de Mallorca y del estridente “estar de moda” de Ibiza, Menorca es una isla que crea adeptos más que turistas, personas fascinadas por los colores de la tierra y del mar menorquino, reincidentes enamorados de las curvas suaves de su paisaje, de los suaves acentos de la lengua del país y del ritmo calmo de la vida de la isla.

Desde el aire, los ojos son en seguida atraídos por el delicado perfil del contacto de la isla con el Mediterráneo, el mar con más historia. La costa menorquina es hermosamente abrupta y accidentada. Hay playas abiertas y anchas de fina arena, como las de Son Bou o Sant Tomàs, al sur, y otras más recogidas como el Arenal d’en Castell o la de Santa Galdana (la más hermosa de la isla, según la memoria popular de los menorquinos), todas ellas destino habitual de los turistas. El amante de un mar y una costa más originales, sin embargo, se lanzará con pasión al conocimiento de los centenares de calas y caletas, algunas hoy todavía inaccesibles



© TONI VIDAL



© TONI VIDAL

por carretera, donde el sol hace florecer en el agua inimaginables verdes y azules y donde la zambullida, el paseo, el baño de sol o la pesca submarina pueden ser actos tranquilos, únicos, casi solitarios. Vista desde el aire, destacan también los puertos naturales de Fornells y de Mahón (éste, de 5,5 km de longitud y una anchura media de 700 metros, es uno de los más importantes del Mediterráneo) y los cabos de Cavalleria y Favariix, ambos en la costa norte, la más abrupta, desde los que el amanecer o el ocaso son espectáculos memorables.

Al igual que la costa, el interior del país es una caja de sorpresas. El territorio es dulcemente ondulado, con el Toro, el techo menorquín (350 m), en el centro, un mirador excepcional que permite, en las tardes de cielo claro, ver y distinguir con claridad las dos grandes regiones de la isla: la Tramontana, al norte, más verde y montañosa, y la de Mediodía, al sur, llana y suavemente inclinada hacia la costa meridional, surcada por pequeños torrentes y riachuelos. El clima es mediterráneo marítimo, templado y estacional por lo que a lluvias y vientos se refiere (el más importante de los vientos es el del norte, la popular *tramuntana*). Las espesas manchas de bosques de pinos y encinas del

centro y el norte de la isla alternan con el característico paisaje agrícola y de sotobosque (con campos y cercas de piedra que los cuadriculan desde hace generaciones) y va desapareciendo a medida que nos aproximamos al aeropuerto, hacia el sur, dando paso a las higueras y los acebuches.

Los poco más de cincuenta mil habitantes de Menorca se reparten entre dos ciudades (Ciudadela —Ciutadella, en catalán— al oeste, la primera que hemos distinguido desde el avión llegando desde la Península, y Mahón —Maó en catalán— al este, el punto más oriental), un grupo de pueblos (Alaior, blanco y llano; Es Mercadal, a los pies del Toro; el industrial Ferreries...) y los innumerables *llocs* (casas campesinas) que existen esparcidos por la isla, ejemplos de una arquitectura rural única que ha atraído la atención de los especialistas. Mahón es la capital administrativa, Ciudadela la sede episcopal y la capital histórica. Una historia, la de Menorca, tan larga y rica como la del mar que la rodea. La abundancia de monumentos megalíticos (*taules, navetes, talaïots...*) ha hecho que se hable de la isla como de un gran "museo al aire libre" y da fe de la importancia de la cultura talayótica, que se desarrolló a partir de los últimos siglos del segundo milenio antes de Cristo hasta la romanización, con contactos con fenicios y griegos hacia el siglo VII a.C. Después llegaron los romanos, los vándalos, los bizantinos, la ocupación musulmana y, en 1287, la conquista catalana (el 17 de enero, día de San Antonio, patrón de la isla, y de la conmemoración de este hecho, ha sido declarado "fiesta del pueblo de Menorca" por el actual Consell Insular). Durante el siglo XVI la isla tuvo que defenderse de los turcos y en 1712, por el tratado de Utrecht, pasó a

formar parte del imperio británico. Durante el siglo XVIII se sucedieron las ocupaciones inglesa, francesa, inglesa, española, inglesa de nuevo y, por fin y definitivamente, española en 1802. Los sesenta y seis años de dominación inglesa dejaron en la isla, entre otras cosas, la villa donde se alojaba el almirante Nelson (y, según dicen, lady Hamilton), la tradición de la ginebra, un grupo de palabras asimiladas al menorquín y un curiosísimo aspecto británico de la arquitectura urbana, en pleno Mediterráneo.

Paseando por los pueblos y las ciudades de la isla, por el campo (fresco y verde a fines de invierno, de color de tierra y roca cuando termina el verano) y por la costa, es fácil adivinar la razón de la codicia de tantos pueblos. Cada uno de los rasgos definidores de *sa roqueta* ("la roquita"), nombre popular de Menorca, es un atractivo que encaja con los demás y se les añade. Lo es el mar, lo es el clima, lo es la *tramuntana*, lo son la historia y las huellas de las distintas civilizaciones, lo es la arquitectura, lo es el dulce hablar de los isleños, lo son el pescado fresco, la *caldereta* de langosta, el queso y la sobrasada y el gin y los pastelillos. Un teselado pequeño, precioso, anclado en pleno Mediterráneo, una pequeña civilización. ●

